

**ISABEL BERNARDO, *LOS GATOS NO HACEN PREGUNTAS*, VALLADOLID,
CASTILLA EDICIONES, 2023, 189 PP.**

JOSÉ MARÍA BALCELLS
Universidad de León

Con *Los gatos no hacen preguntas*, una titulación que reproduce el aserto de un personaje del cuento «Macho-gato», ha realizado Isabel Bernardo (Salamanca, 1963) una primera incursión en forma de libro en el subgénero narrativo del cuento, una modalidad literaria a la que ha llegado después de ejercitarse previamente en otras distintas, lo que no extraña en quien se diría que rebosa entusiasmo literario por todos sus poros, e indudable pasión por la escritura. Anoto al respecto su práctica de la creación poética, a la que debemos diversas entregas líricas que comenzaron con la aparición del conjunto *Sur*, y de la que se dispone de una amplia antología que recoge lo más selecto de sus versos compuestos durante al menos quince años, en concreto desde 2005 a 2020.

La autora salmantina también ha cultivado el teatro, al que ha hecho notables aportes, entre ellos la obra dramática *El tiempo inventado*, inspirada en la obra de

Federico García Lorca. Ha cultivado asimismo la literatura infantil y juvenil, así como el ensayo, en el que ha dado a conocer varias contribuciones para el mejor conocimiento de la temática gastronómica, especialmente la representativa de sus lares nativos. Lo acredita su muy documentado libro, fruto de pesquisas culturales muy valiosas, *Aproximación a las costumbres del comer y la gastronomía salmantina desde sus manifestaciones artísticas*. Ha publicado la novela *GTB 20*, que en contrapunto con la obra recién citada, aborda el mismo tema, pero desde la ficción y ampliando el enfoque cronológico a distintos siglos y zonas del orbe. Añado que, como activista de la cultura que es, Isabel Bernardo se ha ocupado de la gestión cultural y ha realizado colaboraciones periodísticas, muchas veces indispensables, por complementarias, para este fin.

El grupo de textos reunidos en *Los gatos no hacen preguntas* ha sido publicado dentro de una serie bien idónea, pues la

vallisoletana Castilla Ediciones ha incluido la obra en su colección, de título bien elocuente, «Cuentenario narrativa». El libro consta de una quincena de relatos, unos más extensos, otros más breves, que en ese segundo supuesto cabrían conceptuarse como microcuentos, aunque no sean minimalistas, mientras los de más extensión serían conceptuales como novelitas breves. Entre los más cortos están «El cuerno de unicornio», «La demolición», «El aparador», «El baile» y «La muerte de Juan Veintitrés». Entre los más dilatados figuran «El comecuras», «Cosas que pasan» y «El capote de la Milagrosa».

En estos relatos se advierten unos cuantos rasgos bien remarcables que iré enumerando a continuación. Señalaría en primer término el hecho de que Isabel Bernardo transmite a sus lectores un perceptible entusiasmo ante la práctica misma de contarnos las historias que cuenta. En ese menester demuestra de modo incontrovertible su gran creatividad y su dominio bien ágil de las técnicas narrativas, en especial sus angulados enfoques y perspectivas, las alternancias de la acción en distintos enclaves, el recurso epistolar, los contrastes y contrapuntos, el control de los ritmos, las acrisoladas descripciones, etc.

Llama la atención el cuidado puesto en la materia prima del lenguaje, y muy especialmente sus giros coloquiales y populares, sus remedos terminológicos del mundo cibernético, sus decires de tanto en tanto poéticos, como era esperable en quien es poeta, y la inclusión de léxicos específicos, y de vocablos de poco uso. Entre los vocabularios más relevantes que se emplean en el libro están los términos de la medicina, de la gastronomía, y de la

tauromaquia. Tocante a voces infrecuentes, cuando no de cosecha propia, anoto ejemplos como abarquillar, cóleos, envirotoado, garatusas, atorados, helminto, mindundi, engolondrar, turrear, herbajar, aparvado, estojar, candajeos, verriondos, etc., palabras de las que la escritora gusta de valerse a fin de distinguirse con un sello lingüístico muy personal que añadir a otros rasgos diversos que la singularizan.

Los cuentos desarrollan asuntos verdaderamente insólitos y sorprendentes, lo que les confiere un atractivo singularísimo, y resultan entretenidos, señaladamente aquellos en los que se retratan comportamientos mentales, en algún supuesto fetichistas. La autora los narra con mucha gracia y desenfadada desenvoltura, no exenta de sorna en ocasiones. En algún que otro relato se nota que ha habido una documentación previa para desarrollarlo. Un par tienen por tema la escritura. Son «El novelista anónimo» y «La historia va de negros». Desde este punto de vista pudieran considerarse meta narraciones en las que la autora deja entrever ocasionalmente cierta auto referencialidad, al menos en lo tocante a su posible pensamiento acerca de cómo habrían de ser los relatos, quizá en un guiño al lector relacionable con los suyos. Así parece desprenderse de lo que se hace decir al personaje de Diego Galán en «El novelista anónimo»: «No sé por qué estar abriendo siempre el debate autobiográfico. Lo que importa es la historia, la seducción de la trama, que los lectores puedan distraerse e imaginarse en mundos en los que les podía haber tocado vivir» (101).

En todos los cuentos el protagonismo femenino es considerable, y salvo en dos de ellos aparecen en los demás trece

diferentes mujeres con el mismo nombre de pila: Marta. En cada narración lleva ese nombre una persona bien perfilada, y distinguible, y siempre de actitudes muy originales, de modo que en el conjunto del libro desfilan muchas idiosincrasias diferenciadas, pongo por caso el talante quijotesco de la Marta de «La luna sale a bolsa», el enigmático de la Marta de «Macho-gato», la facundia de la Marta de «Cosas que pasan», la inquietante Marta, una niña rubia de «La muerte de Juan Veintitrés».

Por último, en este libro de tan recomendable lectura que requeriría un

estudio concienzudo más amplio y detallado que las líneas de una mera reseña, anoto la presencia de otro factor que importa ser señalado: la referencialidad salmantina, que se manifiesta de maneras variadas, así en el ámbito de la dehesa, donde reina el toro, como en «El *prao* de las cañahejas», y así en el mundo taurino, como en «El capote de la Milagrosa», una verdadera novelita corta. Y no falta en *Los gatos no hacen preguntas* la mención topográfica y en su caso la recreación ambiental de determinadas localidades charras, y por supuesto de la propia ciudad del Tormes, como sucede en «Cosas que pasan».